

CANTOS DEL CREPÚSCULO

PREFACIO

La poesía que encabeza esta colección indica el pensamiento que entraña. El prelude explica los *Cantos del Crepúsculo*.

Todo en la actualidad, así las ideas como las cosas, la sociedad y el individuo, pasan por un crepúsculo. Cuál sea éste y qué vendrá detrás de él, es la cuestión más ardua de todas las que se agitan confusamente en este siglo. La sociedad espera que todo lo que está en su horizonte se ilumine o se extinga por completo. Nada más diremos sobre esto, y también seremos parcos en palabras respecto a esta colección.

¿Para qué hemos de hacer notar el hilo casi invisible que liga este libro de poesías a los libros precedentes?... Ofrece el mismo pensamiento con otras inquietudes, las mismas olas con otros vientos, la misma frente con diferentes arrugas, la misma vida en distinta edad.

El autor no insiste sobre esto; sólo deja subsistir en sus obras lo que es personal, por ser mu-

chas veces un reflejo de lo que es general; no cree que su *individualidad*, como se dice hoy día con poca propiedad, valga la pena de estudiarse más que bajo este concepto, por lo que cualquiera idea que se forme de ella sólo se entreverá confusamente en sus libros. Lejos está el autor de suponer que las partes de que consta particularmente éste, puedan considerarse como materiales positivos para escribir la historia de cualquier corazón humano: hay muchas fantasías en este libro.

Lo que principalmente ha tratado de expresar en esta colección, lo que en ella más ha preocupado al autor es el estado extraño y crepuscular del alma y de la sociedad en el siglo en que vivimos: es esa bruma exterior, esa vacilación interior; es esa semiclaridad que nos rodea; por eso se hallan en este libro las esperanzas confundidas con las dudas, cantos de amor interrumpidos por lamentos, cierta serenidad compe-

netrada de tristeza, abatimientos que se regocijan vigorizados de repente, desfallecimientos que cobran bríos, esa tranquilidad acompañada del sufrimiento, esas turbaciones interiores que se traslucen apenas en la superficie de los versos, los tumultos políticos examinados con calma, esos retornos religiosos de la plaza pública a la familia, el temor de que todo desaparezca y nos deje en la obscuridad, y en algunos momentos la gozosa y ardiente fe en el progreso eterno y posible de la humanidad.

En este libro, indigno de ocuparse de objetos tan grandiosos, combaten entre sí todos los enemigos; la duda y el dogma, el día y la noche, el punto sombrío y el punto luminoso, como en

todo lo que se presenta ante nuestra vista, como todo lo que pensamos en este siglo, en nuestras teorías políticas, en las opiniones religiosas, en la existencia doméstica, en la historia y en la vida que llevamos.

La última palabra que añade a lo dicho el autor, es, que en esta época de espera y de transición, en esta época en que la discusión es tan encarnizada y de tal modo llevada a su último extremo, en la que sólo se escuchan, se comprenden y se aplauden estos dos monosílabos, sí y no, no pertenece la resolución definitiva a los que niegan, ni a los que afirman, sino a los que esperan.

25 de octubre de 1.

PRELUDIO

¿Qué nombre hemos de darte, época de transición en que nos encontramos? Baña todas las frentes lívido sudor, y en las alturas del cielo, lo mismo que en el corazón de los hombres, se confunden las tinieblas con las luces

* *

Creencias, esperanzas, pasiones, desesperación, nada de esto aparece en plena claridad y nada de esto está obscuro por completo; y el mundo, sobre el que flotan las apariencias, parece cubierto por una sombra en la que todo reluce.

* *

El ruido que produce esta sombra encallece el pensamiento; todo se confunde en ella, desde el canto del cazador hasta el estremecimiento de la hoja que roza el aire y que oculta un nido u oculta una flor.

* *

Todo se confunde en ella; los que se extravían en los senderos y buscan su camino a través de los campos; las cañas verdes que frotan unas con otras sus lucientes hojas; los *Angelus* lejanos envían sus tañidos a los cielos;

* *

La miedra que de estremece en las hendiduras se las bóvedas; el aquilón que ataca al marinero que perece; los carros detenidos en las vueltas de los caminos, enganchándose unos a otros por el eje, como nosotros por el espíritu:

* *

El pordiosero lloroso que camina extenuado; el que se entrega a Satanás o el que invoca a Jehová; el clamor de los transeuntes

que se pierde a los lejos; voz al del corazón que siente, el rumor de los pasos que se disipa;

* * *

Las olas, cuyo número tú solo, Dios, cuentas; el viento que huye; el pedrusco que el arroyo lava de sus impurezas, y todo aquello que, para realizar los vanos proyectos del hombre, la reja dice al surco y la rueda al empedrado;

* * *

Y la barca, dentro de la que en la obscuridad se oye gemir una lira y que abandonando las playas se entrega a la corriente, y el órgano de los bosques que suspira en las montañas, y el murmullo de voces que surge del seno de las ciudades,

* * *

Y el hombre que gime y que duda; porque en este siglo, víctima de sonrisas burlonas, todas las convicciones al poco tiempo dejan el poso de la duda, que no es otra cosa que las heces del fondo del corazón.

* * *

Y de esos ruidos diversos se compone el extraño canto, temible o propicio, que entona nuestra época que trabaja, como sepulturero o como nodriza; que al azar prepara un monumento o tal vez cava una tumba.

* * *

¡El Oriente! ¿qué es lo que veis en el Oriente, poetas? Volved hacia allí los ojos y los espíritus.— «Ay! respondieron las voces de aquéllos, durante mucho tiempo mudas; vemos que nace allá abajo un día misterioso.

* * *

»Un día misterioso en el callado cielo, que blanquea el horizonte más allá de las colinas, semejante al lejano fuego de una fragua nocturna que se distingue antes de oír el ruido de los martillos.

* * *

»Pero ignoramos si esa aurora lejana anuncia el verdadero día, el ardiente sol, porque sobreviniendo sobre nosotros la obscuridad, esa hora inesperada, lo que creemos Oriente puede ser el Occidente.

* * *

»Quizás sea una noche lo que tomamos por una aurora; quizás ese sol que el hombre desea ver en su cenit y derramar sus rayos en el horizonte, quizá ese sol que esperamos, es un sol que entra en su ocaso.»

* * *

¡Señor! ¿es verdaderamente una aurora que alborea? Nuestra an-

siedad crece de punto a cada instante. ¿Vemos demasiado ya o no vemos bastante aún? Señor, ¿estamos en el fin o en el principio?

* * *

Se extiende por el alma y por la tierra espantoso crepúsculo. Los ojos que ha de alumbrar, en otro universo, ese ignorado sol, que viene o que se va, ¿están cerrados ya, o no se han abierto todavía?...

* * *

Ese confuso tumulto, que para nuestros espíritus quizás es el ruido que hormiguea en todos los lugares, de alas que en todas partes se disponen a volar, quizás lo produzca en estos momentos el mundo, que dice: ¡Adiós!

* * *

Ese tumulto confuso que hiere nuestros oídos, puro algunas veces como un hálito y delicioso como los sonidos de un laúd, quizás lo ocasiona un edén que se despierta. Quizás en estos momentos el mundo exclama: ¡Hurra!

* * *

Allí el árbol se estremece; ¿de alegría o de tristeza? Allí canta el pájaro; ¿llora o ríe? Allí habla el Océano; ¿está contento o quejumbroso? Allí el hombre murmura; ¿canta o gime?

* * *

Gozando de tan poca claridad, ningún alma está tranquila. Sentado en un banco y apoyado en la pared, se encorva el anciano sacerdote, y apenas su vista en la luz del día nebuloso le permite deletrear el libro obscuro que tiene en sus manos.

* * *

En vano, sacerdote, piensas y te esfuerzas en tu trabajo. El hombre no comprende ya lo que Dios le reveló. Por todas partes, los sentidos dudosos erizan tupidos matorrales; la amenaza está aquí abajo, pero la promesa está allá arriba.

* * *

¡Que importa! Sin saber cuál será nuestra suerte futura, dormidos o despiertos el destino nos arrastra; ya sea para morir, ya sea para vivir, nuestro siglo no tiene más remedio que cumplirlo.

* * *

El horizonte, donde resuena un murmullo vago y sonoro, ¿debe palidecer pronto, debe pronto enrojecerse? Espíritu del hombre, espera en estos momentos a que la sombra vaya a descender o el astro vaya a surgir.

Vuelto como los demás hacia el Oriente incierto, recogiendo todos los ruidos dulces o formidables, los murmullos de las alturas, que responden a los nuestros, y los suspiros de cada

uno y los rumores de todos, el poeta, en sus cantos rebosantes de amargura, refleja, como eco triste y sereno, todo lo que el alma sueña y todo lo que el mundo canta o balbucea, esperando lo que nos ofrezca el porvenir.

de octubre de 1835.

CANTOS DEL CREPÚSCULO

rras. Julio os dió, para salvar a vuestras familias, tres de esos hermosos soles que incendian las Bastillas; vuestros padres no tuvieron más que uno sólo.

I

VERSOS ESCRITOS DESPUÉS DE JULIO
DE 1830

I

¡Hermanos míos, también vosotros contáis con jornadas gloriosas, con victorias coronadas de flores, con cívicos laureles, con muertos enterrados, con triunfos que son tan halagüeños en la aurora de la vida y con estandartes noveles, pero ya agujereados, y capaces de causar envidia a las viejas banderas de Austerlitz!

**

Podéis estar orgullosos, porque equivaléis a vuestros padres. Habéis sacado vivos del sudario los derechos del pueblo, que éste conquistó después de muchas gue-

**

Sois sus dignos hijos; su sangre, que corre por vuestras venas, y su alma, que habéis heredado, os prestan un valor heroico. Continuasteis lo que ellos comenaron; vuestra madre es la fecunda Francia, que cuando le parece, para servir de ejemplo al mundo, hace que transcurra un siglo entero en un solo día.

**

La Inglaterra celosa, como la Grecia homérica; toda Europa os admira; la joven América se levanta y os aplaude batiendo palmas desde las playas de sus mares. Tres días os han bastado para romper vuestras cadenas, sois descendientes de una raza de bravos, sois hijos de gigantes.